



Mundos Novvus

Conferencia a cargo de Patricia Funes ¹, 6 de junio del 2007

Módulo 1 "¿Por qué América Latina?"

Algunos itinerarios sobre el nombre de América Latina

I. "MUNDUS NOVUS".

Un día remoto: 25 de abril de 1507. Un lugar también remoto: el Gymnasium Vosagense, en la abadía de Saint Dié. Ese día y en ese lugar está fechado un mapa en el que por primera vez aparece el nombre de "América". Es decir: el bautismo de esta parte del mundo y su individuación no fue tarea de marinos, navegantes o aventureros sino de unos monjes de tierras tan firmes como su entusiasmo.

El Gymnasium Vosagense era un centro erudito donde filósofos, cosmógrafos y cartógrafos, bajo el mecenazgo del Duque de Lorena, se entregaban al estudio y recuperación de los clásicos. Estaban a punto de editar la Geografía de Ptolomeo en la recientemente adquirida (y no hacía mucho tiempo inventada) imprenta. Al parecer, fue el mismo Duque de Lorena quien entregó a los monjes cartógrafos la versión francesa de los cuatro viajes de Amerigo Vespucci. Y eso cambió los planes. Audaces, emprendieron la tarea del bautismo. En el lugar en el que Américo Vespuccio había colocado "Mundus Novus", los monjes, fascinados por el descubrimiento, pusieron "América", de Amerigie (tierra de Américo), y el femenino era para hacer corresponder esa "cuarta parte" con un nombre de mujer, como Europa, Asia y Africa.

¹ Doctora en Historia. Profesora regular de la materia "Historia Social Latinoamericana". Facultad de Ciencias Sociales. UBA. Investigadora de CONICET. Este artículo es una ampliación de Funes, Patricia, "Del *Mundus Novus* al Novomundismo. Algunas reflexiones sobre el nombre de América Latina", en: *Cuadernos del CLAEH*, Número 63-64, Montevideo, 2da Serie, Año 17, 1992-93, pp. 67-79. Una versión ampliada de este artículo fue publicada en: Garcindo Dyrell, Elianne y Gricoli Iokoi, Zilda, *América Latina Contemporánea: Desafíos e perspectivas*, Ed. Expressão e Cultura- Editora de Universidades de Sao Paulo, San Pablo, 1996, pp.77-97. La versión cambiada de esta acumulación: Fascículo del Ministerio de Educación de la Nación (sin datos) que ha sido entre abril de 2007 y mayo emitido en soporte visual en el canal EXPLORA, escrito hace años, que aún no ha sido publicado en soporte papel y no se sabe cuándo será (en teoría debería haber estado junto con la salida del soporte visual).

La Lettera de Vespuccio en traducción latina y el mapamundi del monje Waldseemüller, circularon rápidamente por Europa. Fue lo que hoy llamaríamos un best seller. Ese año –1507- se hicieron dos impresiones, al año siguiente se había agotado la edición de mil ejemplares.

Y Colón? El Almirante de la Mar Océana vivió y murió apegado a la "asiaticidad" de esto que por comodidad (y consenso) vamos a llamar "América". En el primer viaje, los nativos son "indios", emisarios del Gran Kahn. No lo inventa, lo ve así. En el segundo viaje la "evidencia" ya es de corte jurídico: le hace afirmar y firmar a toda la tripulación bajo serias intimidaciones que la isla de Cuba es Tierra Firme. Lo del Tercer Viaje es más audaz: desconcertado por el dulzor de las aguas del río Orinoco (y un poco decepcionado por no encontrar el paso hacia el Índico) construye una interpretación fabulosa y antigua: ha llegado al Paraíso Terrenal y la Tierra ya no es redonda sino que tiene forma de pera, o "como un seno de mujer cuyo pezón estaría bajo la línea ecuatorial en el fin de oriente."

Un dato que contribuye a echar luz sobre la tozudez del Almirante es el significado de la idea clásica de ecumene asociada a un universo cerrado y perfecto de tres partes. Y aquí el imaginario judeocristiano y sus autoridades medievales son la clave explicativa del arraigo a esa tripartición: tres hijos tuvo Noé, la Santísima Trinidad, la perfección cabalística del número tres, los tres Reyes Magos, etc. Esa "cuarta parte" pone en cuestión los cimientos mismos de toda una cosmovisión, abre la grieta para repensar el cosmos, el geocentrismo, las autoridades. La "modernidad" y "occidente" aparecían en el horizonte.

América fue incómoda desde el principio. No entraba en el mapa.

Hasta ahora, es éste un asunto "europeo" (excediéndonos un poco en la consideración de "europeo", espacio sociocultural que tampoco estaba consolidado). Del lado "de acá", previa a la llegada de los conquistadores, tampoco había un nombre, un colectivo. Esa totalidad supuso una creatio ab inis, otra tarea especulativa, esta vez, sobre los cadáveres de millones de "ab orígenes" o indios. El concepto "indio" (resultado del equívoco inicial) no es una denominación geográfica, ni étnica, ni clasista.

Es la denominación del vencido.

Tras ese "genérico" se borraron las múltiples identidades originarias: abipones, achuarenses, aymaras, apaches, araucanos, arawaks, aucas, aztecas, bayás, bororós, botocudos, caddoanes, calchaquíes, calchines, calpules, calumas, camahuas, canacos, canelos, caracarás, caracas, carajás, carapachayes, carapachos, cariacos, caribes, cataubas, cayapas, cayetés, ciaguás, cocamas, comechingones, corondas, chaimas, charcas, charrúas, chavanes, chibchas, chichimecos, chimúes, chiriguanoes, chuchumecos, chunchos, gandules, guaraníes, hopis, huaoranis, lacandonés, mapuches, mayas, maipures, maticos, miskitos, mochicas, nahuas,

napos, navajos, omaguas, onas, orejones, otavalos, páparos, patagones, payaguas, pawnees, pueblos, puelches, puruhaes, quechuas, querandíes, quichés, quijos.....y muchos más.

Las "Indias Occidentales", devinieron -jurisprudencia mediante- "Provincias de Ultramar" de la corona de Castilla. Los "indios", vasallos libres y hasta seres humanos, por gracia de Paulo III.

Las identidades, como dice Rojas Mix, son un gerundio, no un participio pasivo, un "estar siendo" y, en términos histórico-sociales, son las épocas de crisis las que las evidencian y resignifican.

Así, la frase "Nuestra América" hacia fines de la dominación colonial, marcó una alteridad respecto de la metrópoli. "Nuestra América" de Miranda abre el proceso de las independencias de la corona de España, "Nuestra América" de Martí, lo cierra un siglo después.

II. "NUESTRA AMERICA" DE MIRANDA A BOLIVAR

Hacia finales del siglo XVIII "Nuestra América" comienza a ser registrada como totalidad. Las salvedades, recortes y precisiones sobre el posesivo de la frase dan cuenta de una nueva dimensión del pensar social, político y cultural de la región.

Francisco de Miranda es quien objetiva el posesivo que se dirige a plantear una escisión respecto de la dominación española: "Con estos auxilios podemos seguramente decir que llegó el día, por fin, en que, recordando nuestra América su soberana independencia, podrán sus hijos libremente manifestar al universo sus ánimos generosos."

Aún antes, en 1792 y como parte de la reflexión sobre el tercer centenario del "descubrimiento" el jesuita Juan Pablo Viscardo esgrimía derechos propios para los "españoles americanos" : "El Nuevo Mundo es nuestra patria, y su historia es la nuestra, y en ella es que debemos examinar nuestra situación presente, para determinarnos, por ella, a tomar el partido necesario a la conservación de nuestros derechos." El sentimiento del jesuita de exterioridad con respecto a España es ostensible: poner empeño en favor de España, "un país extranjero", es una "traición cruel contra aquél en donde somos nacidos."

Miranda instala el "Nuestra América" marcando una precaria pero efectiva frontera respecto de la "madre patria", primer paso de identidad que es continentalidad dada sobre todo por la filialidad de las colonias respecto de la metrópoli. El "Nuestra" excluye desde los orígenes a los EEUU quienes -doctrina Monroe mediante- terminarán por apropiarse del patronímico.

Por razones de espacio y objetivos no profundizaremos los distintos matices que el "Nuestra América" tuvo en la totalidad del pensamiento de la emancipación. Sin embargo queremos destacar un rasgo importan-

te que hace específicamente al proceso de ruptura en el orden intelectual y político. El posesivo "Nuestra" recortó una pertenencia étnico-social cruzada por la condición de "criollo", "blanco", mayoritariamente "propietario" y -sobre todo- "hispanoablante." En ese sentido, la comunidad lingüística fue una cualidad relevante en el camino hacia la definición identitaria. El idioma español fue -quizás- uno de los pocos aspectos apropiados como herencia legítima y valiosa de la colonización ibérica.

Las generaciones liberales decimonónicas tuvieron no pocos problemas para arraigar en la historia una legitimidad que encarnara los principios universalistas a los que adscribían. Los derechos civiles y políticos y la república de ciudadanos eran, a la vez, punto de partida inspirador y horizonte de llegada. Sin embargo, las sociedades latinoamericanas fueron no poco díscolas para adaptarse dócilmente a ellos. Se sabía qué pasado negar: cuatro siglos de la más exasperante oscuridad y tiranía de la metrópoli. Pero esa ruptura, como todas en la historia, debía anclarse en alguna continuidad que necesariamente debía interpelar un pasado real o construido por imperio de las circunstancias. En algunos casos, la invocación al pasado indígena, no exento de estilización, fue una de las opciones. El Diálogo entre Atahualpa y Fernando VII en los Campos Elíseos [1809], de Bernardo de Monteagudo, es un buen ejemplo de la perentoriedad de la búsqueda. Otro tanto, el proyecto de monarquía incásica sugerido por Belgrano en el Congreso de 1816.

No deberíamos perder de vista el carácter de elite de los sectores que se apropian del "Nuestra América". Si el cura Hidalgo, en México, habla en la mayoría de los casos de "americanos", lo que pierde en fuerza enunciativa lo gana en profundidad social. Esta no es, sin embargo, la orientación dominante del movimiento emancipador.

Para Bolívar el "nosotros" del "Nuestra América" se define por dos negativas: "no somos europeos, no somos indios, sino una especie intermedia entre los aborígenes y los españoles." Por su parte, acentúa la continentalidad de la empresa emancipadora y propone un programa político que involucra a las ex-colonias en una unidad totalizante aún en los momentos más álgidos y deprimentes de la guerra contra España.: "Ya que tienen un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un sólo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse [...]."

III. AMERICA ¿LATINA?

En el contexto de la política expansionista del Segundo Imperio de Napoleón III, en la década de 1860, se propaga el nombre "América Lati-

na, aunque la expresión había sido utilizada con anterioridad por el colombiano José María Torres Caicedo en *El Correo de Ultramar* y por Michel Chevalier en *la Revue des Races* (1857-1861).

El panlatinismo supone una comunidad de orígenes que remite a la tradición cultural y lingüística del Imperio Romano de Occidente y a la religión Católica. La oposición entre la tradición sajona y la latina se orienta a legitimar la ideología de expansión y dominio del panlatinismo.

Napoleón III le escribía al general Forey en 1862: "Tenemos interés en que la República de Estados Unidos sea poderosa y próspera, pero no tenemos ninguno en que se apodere del golfo de Méjico, y desde allí domine las Antillas y América del Sur. [...] si Méjico conserva su independencia y mantiene la integridad de su territorio, si, con el apoyo de Francia, se consolida en él un gobierno estable, habremos devuelto a la raza latina del otro lado del Océano su fuerza y su prestigio [...] se nos impone el deber de intervenir en Méjico y plantar allí nuestra bandera." Estos planes se llevaron a cabo: Francia instaló un emperador (Maximiliano de Habsburgo), una emperatriz y una corte francesa en México hacia 1863.

Lo que queremos señalar aquí es el éxito de la nominación aun cuando la invasión francesa a México haría pensar en su pronto descrédito. El arraigo al latinismo podría guardar relación con el espíritu antiespañol de la época (revitalizado en ese momento por la invasión española en Perú y la presión sobre el Caribe). La pertenencia a lo "latino", entonces, esfuma la herencia española y su tradición. Por añadidura, era una referencia ideológico-política que se correspondía con el modelo hegemónico (sobre todo en el ámbito de la cultura, los usos, las modas, y -con atenuantes- la ideología) de las oligarquías forjadoras de los nacientes estados, predominantemente "afrancesadas".

El término acabó por perder el significado panlatinista de sus orígenes. La expresión "América Latina" sobrevivió al fracaso de la expedición francesa y, si originalmente nace como forma de identidad antisajona, los mismos Estados Unidos terminan aceptando el vocablo.

IV. "NUESTRA AMERICA" MARTIANO.

Las revoluciones de la independencia comienzan y terminan en el Caribe y media entre ellas alrededor de un siglo. No examinaremos aquí el significado de la revolución de la independencia haitiana hacia fines del S. XVIII, pero queremos resaltar un rasgo: "libertad, igualdad y fraternidad" sonaron distinto a ambos lados del océano. Si la modernidad crea al ciudadano francés bien es sabido que la mera territorialidad no alcanzó para hacerse de las igualdades de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Negros, esclavos y coloniales. Pocas subalter-

nidades eran tan subalternas aún en medio de las revoluciones que conmovieron el Antiguo Régimen. El esclavo "haitiano" Toussaint L'Overture lideró el levantamiento que acabó con la esclavitud y liberó Haití de Francia hace exactamente dos siglos.

También en el Caribe, en Cuba y Puerto Rico hacia fines del siglo XIX, se completa el ciclo de las independencias de la corona de España. "Nuestra América" de José Martí plantea el problema de la independencia ampliando el posesivo e interpelando a más de una "metrópoli". Negros, mestizos, mulatos, en síntesis "los pobres de la tierra" son incorporados como actores y protagonistas. Decía Martí: "Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores." Por otra parte, a la oposición a España se suma la clara advertencia respecto del expansionismo norteamericano.

Si la participación de EEUU en la guerra de 1898, "al lado" de Cuba, producía juicios ambivalentes, la inmediata anexión de Puerto Rico, el llamado a la Primera Conferencia Panamericana, su protagonismo tutelar frente al bloqueo de Inglaterra, Alemania e Italia a Venezuela en 1902, la enmienda Platt en Cuba, la secesión de Panamá, jalonaban evidencias de una dominación que comienza a ser denunciada y resistida. El puertorriqueño José María Hostos confesando su admiración por los EEUU, denunciaba la sujeción violenta de Puerto Rico a una dominación "que, por salvadora que sea, para nada ha contado con Puerto Rico." José Martí comentó la Primera Conferencia Panamericana para el diario La Nación de Buenos Aires y alertó sobre la decisiva importancia de la misma y su pretensión fundacional:

"Jamás hubo en América, de la independencia para acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, las causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia."

Martí sumó a la denuncia, la acción, como representante del Uruguay en la Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América, apéndice de la Primera Conferencia Panamericana, reunida en marzo de 1891. La propuesta norteamericana era la acuñación de una moneda (patrón plata), el "Columbus", de curso legal en toda América. Martí se opuso al proteccionismo norteamericano y abogó por la libertad de comercio y la multi-

lateralidad para los países americanos (que, estando comprometidos comercialmente con Europa, no les convenía la adopción del patrón plata). Si bien la unificación monetaria no prosperó, Martí descubrió en sus relatos y argumentos tanto las intenciones del capital norteamericano cuanto las debilidades de los países latinoamericanos si no adoptaban una posición común. Teniendo en cuenta los lazos económicos de América Latina con Europa (que en el caso de Cuba y Puerto Rico aun son lazos de dependencia colonial), se opuso a la moneda única prohijada por los EEUU:

"Ni en los arreglos de moneda, que es el instrumento del comercio, puede un pueblo sano prescindir -por acatamiento a un país que no lo ayudó nunca, o lo ayuda por emulación y miedo de otro-, de las naciones que le anticipan el caudal necesario para sus empresas, que le obligan el cariño con su fe, que lo esperan en la crisis y le dan el modo para salir de ellas, que lo tratan a la par, sin desdén arrogante, y le compran sus frutos."

La fundación del Partido Revolucionario Cubano y la guerra de la Independencia de Cuba retrotrajeron a Martí a los ideales bolivarianos y al primer pensamiento independentista. En 1891 apareció "Nuestra América", escrito programático del latinoamericanismo, en el que traza un gran arco que es a la vez continuidad y ruptura respecto del pensamiento de la emancipación. Martí apela a la tradición continentalista bolivariana. Enhebra la causa de la Independencia en Cuba y Puerto Rico a los destinos de América Latina, frente a esa otra dependencia que él advierte fatal. Para Martí en esa ruptura se juega mucho más que la ya anacrónica relación colonial con España; erige esa causa en una causa latinoamericana y, más aún, en una causa para la humanidad: Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son sólo dos islas a las que vamos a libertar."

V. PANAMERICA

Hacia fines del siglo XIX los Estados Unidos de "América" concluyeron su política aislacionista y diseñaron una estrategia diplomática hacia el "resto de América". La ideología del "Destino Manifiesto" divulga la convicción de que hay naciones que poseen una misión histórica para las cuales la expansión no sólo es natural e irresistible sino también deseable y "legítima" .

"Nuestra América", en este caso, es una frase apropiada por el mismo secretario de Estado norteamericano J. Blaine. La convocatoria a la Primera Conferencia Panamericana (Washington/1889) tuvo la intención

de neutralizar de la influencia política y económica europea (sobre todo inglesa) en la región. Si el "panlatinismo" expresaba la oposición sajón-latino, el panamericanismo instala la oposición "América" ("Pan-América") / Europa, bajo la hegemonía de los EEUU. Si la primera oposición esgrime la unidad en función de una tradición cultural común, el panamericanismo se basa en un criterio geográfico, de pertenencia hemisférica, al que se suman razones de índole estratégica con componentes "novomundistas" que no dejan de esconder la unilateralidad de la convocatoria y sus objetivos más precisos. Dirá Blaine en la sesión inaugural de la Primera Conferencia:

"Toda la superficie territorial de las naciones aquí representadas alcanza 12.000.000 de millas cuadradas; que es más de trece veces el área de toda Europa [...] y si consideramos sus fuerzas productivas [...] ellas guardan una proporción aún mayor respecto a las del mundo entero. Estos grandes territorios hoy encierran aproximadamente 120.000.000 de habitantes[...]."

Esta definición cuantitativa deja ver la estrategia de "solidaridad y cooperación" que animaba al accionar del Departamento de Estado. Esa suerte de Zollverein (unión aduanera, unión monetaria y un banco interamericano) se desprendía de la propuesta de la delegación oficial norteamericana, estrategia de "cooperación" que no prosperará sino hasta las redefiniciones de la segunda posguerra. El recorrido de las sedes de la Conferencia hasta 1930 muestra la intencionalidad y las prioridades de la política exterior norteamericana (México/1901; Brasil/1906; Argentina/1910; Chile/1923; Cuba/1928). Los magros resultados de todas las reuniones evidencian una profunda desconfianza hacia el país del norte. Y esto se explica no solamente por el carácter "artificial" y "forzado" de las convocatorias sino -sobre todo- esconde una estrecha alineación de las economías latinoamericanas respecto de Europa, bajo la hegemonía británica por lo menos hasta la Primera Guerra Mundial. Los EEUU salen fortalecidos de la misma y la política del big stick (gran garrote) se corresponderá con esa correlación de fuerzas. Si el segundo punto de la enmienda Platt de la Constitución cubana era el recurso legal para la intervención militar efectiva de la Marina de Guerra norteamericana, durante o después de la Primera Guerra, EEUU intervino bajo el genérico y unilateral corolario de la doctrina Monroe. Sin eufemismo ni lírica alguna, el mismo Roosevelt denominó como del "gran garrote" la política exterior norteamericana para la región. Inspirado en una "pedagogía" que poco ocultaba el patronazgo de las inversiones norteamericanas o, en casos, invocando un poder de policía ejemplificador, EEUU intervino manu militari, en la zona del istmo y en el Caribe. En abril de 1914, el mismo Wilson mandó a atacar el puerto de Veracruz, generan-

do un conflicto que sólo la Primera Guerra Mundial no llevó a mayores. En la década de 1920 la Marina de Guerra desembarcó en Nicaragua (1912-1925 y 1926-1933), Haití (1915-1934), Santo Domingo (1916-1924) marcando de manera indeleble el posterior derrotero político y social de esos países.

VI. "NUESTRA AMERICA" BAJO EL MICROSCOPIO POSITIVISTA

La ensayística latinoamericana de la primera década del siglo XX se caracterizó por una interpretación orgánico-biologista y la naturalización de los fenómenos sociales. La sociedad era conceptualizada como un organismo. El dato fatal para definir ese organismo era la constelación racial de esa sociedad (complementada con la influencia del medio físico). Bajo el paraguas omnisciente del positivismo surge una preocupación sociológica que intenta dar cuenta de estas "mórbidas" sociedades. Como expresara alguna vez Carlos Real de Azúa, "el día que se trace la línea del pensamiento racista en Iberoamérica, asombrará el volumen de una ideología entrelazada a lo más 'oficial' de nuestras definiciones culturales".

Un rápido recorrido por los títulos de algunas obras muestra diáfana-mente la medicalización del discurso: Manual de Patología Política [1889], del argentino Juan Álvarez, Continente enfermo [1899], del venezolano César Zumeta, Enfermedades Sociales [1905], del argentino Manuel Ugarte, Pueblo Enfermo [1909], del boliviano Alcides Arguedas, La enfermedad de Centroamérica [1912], del nicaragüense Salvador Mendieta, O parasitismo social e evolução na América Latina [1903], del brasileño Manoel Bonfim, sólo por citar algunos.

El tejido de la nación bajo el "microscopio" de estos intelectuales, se explica bajo funcionalistas criterios de corrupción, degeneración y selección. Se trata, entonces, de detectar la "enfermedad" para obrar en consecuencia. De allí que una primera cuestión sea la misma defensa de ese conocimiento "positivo". Por ejemplo, el boliviano Alcides Arguedas afirmaba: "debemos convenir, franca, corajudamente, sin ambages, que estamos enfermos, o mejor, que hemos nacido enfermos y que nuestra disolución puede ser cierta."

Carlos Octavio Bunge en su libro Nuestra América no duda en exaltar impiadosamente las "virtudes" de los "vicios": "el alcoholismo, la viruela y la tuberculosis - benditos sean!- habían diezclado a la población indígena y africana."

Los intelectuales positivistas tenían un particular interés en adjudicar a la composición racial de las sociedades latinoamericanas los frenos al desarrollo. Uno de los motivos que seduce a los "raciólogos" es que, en parte, la explicación racial, por biológica y determinista exime a los "no

aptos" de las responsabilidades de la conducción. Subyace a esto cierta decepción, cuando no un rotundo pesimismo respecto del poder de la libertad individual y la autodeterminación, cualidades que desde el terreno filosófico se desplazan al plano político. Cuál es, entonces, el "alma nacional? es la primera pregunta metodológica para plantear un orden político acorde con la misma. Así se filia la "genética social" con el tema de la identidad y éste con el orden político.

Siguiendo estos rumbos, para Bunge, los castellanos son "arrogantes" e "innatamente" superiores, los indios son "pasivos" y "fatalistas", los mulatos "impulsivos" y "falsos", los mestizos "rapaces", etc. En el carácter "híbrido" de estos últimos Bunge cree ver la causa de los retrasos y los males del continente. La "hibridez" de mestizos y mulatos deviene esterilidad no sólo biológica sino -y sobre todo- psíquica y moral, ya que éstos:

"[...] son como las dos cabezas de una hidra fabulosa que rodea, aprieta y estrangula, entre su espiral gigantesca, una hermosa y pálida virgen: Hispano-América!"

Todo esto conlleva una traducción política y social sobre las causas de los males de Hispanoamérica, reflexión en la que aquí no entraremos. Lo que nos interesa subrayar de estos análisis es, por un lado, el éxito de divulgación de estas ideas que se dirigieron a sustentar la legalidad de las dominaciones oligárquico-tradicionales en términos "científicos". Por otra parte, es posible filiar estos diagnósticos "clínicos" a su contracara: las soluciones "quirúrgicas" que suponen, habida cuenta el carácter irreversible que tiene una "carga genética" inmodificable histórica o socialmente. Así, estas metáforas biológicas se resolvieron sin poesía desde el poder, a través de vías de exterminio, explotación, exclusión, en síntesis, de la privación de los más elementales derechos humanos, civiles y políticos para la gran mayoría de la población durante una gran parte de la historia de América Latina.

VII. NOVOMUNDISMO E INDOAMÉRICA

La Primera Guerra Mundial marcó una gran crisis de los valores rectores del "largo siglo XIX". Si Europa se "suicidaba" en una guerra, al decir de José Ingenieros, ¿dónde estaba la civilización y dónde la barbarie? Las ideas de modernidad, civilización, racionalismo, liberalismo, progreso, fueron cuestionadas.

Una "nueva generación" de pensadores latinoamericanos planteó una profunda revisión de los valores precedentes. Esa "nueva generación" iba acompañada de una "nueva sensibilidad" que unía lo joven con lo nuevo, la vanguardia y la polémica.

Antiimperialismo, indoamericanismo, reformismo, revolución, socialismo y problema nacional, fueron tópicos frecuentados por el criticismo juvenil de los años veinte, como fórmulas de reemplazo al orden anterior. Una búsqueda que ha perdido el norte "europeo" (o "europeísta", como se decía entonces). Como expresó Pedro Henríquez Ureña en 1925: "No es que tengamos brújula propia; es que hemos perdido la ajena".

Desde estas interpretaciones, el proyecto independentista a escala regional fue desvirtuado por las generaciones constructoras de los Estados latinoamericanos.

Para el mexicano José Vasconcelos: "nuestra guerra de Independencia se vio menguada por el provincianismo y por la ausencia de planes trascendentales. La raza que había soñado con el imperio del mundo, los supuestos descendientes de la gloria romana, cayeron en la pueril satisfacción de crear nacioncitas y soberanías de principado[...], con la ilustre excepción de Bolívar, Sucre y Petion el negro y media docena más, a lo sumo. Pero los otros, [...] sólo se ocuparon de empequeñecer un conflicto que pudo haber sido el principio del despertar de un continente." En los mismos términos José Carlos Mariátegui, desde Perú, señalaba: "la generación libertadora sintió intensamente la unidad sudamericana [...] El ideal americanista, superior a la realidad contingente, fue abandonado. La revolución de la independencia había sido un gran acto romántico; sus conductores y animadores, hombres de excepción. Pleitos absurdos y guerras criminales desgarraron la unidad de la América Indo-Española."

Es decir, para la nueva generación, las naciones provenían del desgarramiento de cierta unidad original y a la que era posible retornar. Proponían retomar esos ideales de unidad regional, para salvar ese "desvío" histórico, tanto más cuanto los peligros que acechaban a América Latina y la "crisis" de los paradigmas clásicos, imponían el imperativo de la unidad. Si las oligarquías, los mercados o una geografía compleja, habían sido las causas del movimiento centrífugo, de fragmentación del espacio cultural y político latinoamericano después de las independencias, otro tanto ocurría, con la voluntaria y -para Víctor Raúl Haya de la Torre- conspirativa acción del imperialismo en favor de las "patrias chicas":

"Uno de los más importantes planes del imperialismo es mantener a nuestra América dividida. América Latina unida, federada, formaría uno de los países más poderosos del mundo. Consecuentemente, el plan [...] es dividirnos. El único camino de los pueblos latinoamericanos es unirse [...]. Esa es la gran misión de la nueva generación revolucionaria anti-imperialista de América Latina."

Representativa de esta pretensión por analizar y definir este "continente" es, precisamente, la polémica acerca de las maneras de denominar-

lo. "Latinoamérica", "Iberoamérica", "Hispanoamérica", "Indoamérica, "Los Estados Des-Unidos del Sur", o bien, "Interamericanismo", "Panamericanismo", "Wilsonismo", son expresiones que denotan y connotan diferentes formas de apropiación conceptual, ideológica, política, que los intelectuales se veían en la obligación de precisar.

Haya de la Torre dedicó no pocos textos, muy divulgados en América Latina, sobre "la cuestión del nombre". Hispanoamericanismo o iberoamericanismo correspondía a la época colonial, "se refieren al pasado, a una América exclusivamente española o portuguesa e implicaban el desconocimiento de las influencias posteriores a la colonia." Los términos América Latina, Latinoamérica, latinoamericanismo, correspondían a la república y al siglo XIX, "son más amplios y modernos [...] ya que abarcan lo español, lo portugués sin excluir lo africano, por la incorporación de Haití que habla francés, a nuestra gran familia continental." Sucede a este nombre, cronológicamente, el panamericanismo que "es la expresión imperialista yanqui."

Para Haya, Indoamérica era el más representativo de la "nueva generación" ya que "comprende la prehistoria, lo indio, lo ibérico, lo latino y lo negro, lo mestizo y lo cósmico - digamos, recordando a Vasconcelos - manteniendo su vigencia frente al porvenir". Es un término político ya que "corresponde a la presente etapa revolucionaria de Nuestra América"

Independencia, autonomía, soberanía, son palabras recurrentes. Esa autoafirmación, cultural y política, buscaba en el archivo del pasado aquellas experiencias de escisión y encontraba en la gesta emancipadora un camino continentalista. Por eso un intelectual tan emblemático (y tan perspicaz para captar las representaciones culturales de América Latina) como Pedro Henríquez Ureña, instaba a afirmar la comunidad cultural de nuestra América como fórmula que había contribuido en el pasado a superar las crisis civilizatorias pero -sobre todo- como arraigo para imaginar utopías.

Un decidido espíritu novomundista atraviesa la pregunta por la personalidad de lo latinoamericano. El tema novomundista se instala con un significado históricamente diferente al del "Mundus Novus" de nuestras primeras páginas. Asociado al telurismo y a la potencialidad vital de un paisaje sanguíneo, producto del choque entre dos culturas, urge el intento de pensar en términos de síntesis. Así, mestizajes, "razas cósmicas", "eurindias", "indologías" e "indoamérica", van marcando maneras más instrospectivas y más inclusivas para pensar la región.

VIII. DE NOMBRES Y SIGNIFICADOS.

Cuarenta y seis países, territorios dependientes y departamentos de ultramar componen esta parte del mundo que oficialmente se denomina América Latina y el Caribe. Es la región que más nombre por sumatoria posee. El agregado “y el Caribe” fue para incorporar aquellas áreas de lenguas y tradiciones no latinas.

El nombre “América Latina y el Caribe” fue –entonces- producto de varios agregados algo aleatorios: el invento de modernos monjes “franco-alemanes” que no conocieron la empresa de Colón, de una latinidad heredera de Napoleón III y de genealogías románicas, y de un nombre geográfico (paradójicamente indígena, “caribe”) para incorporar sociedades sajonas.

Si la yuxtaposición de bautismos es un “bricolage” complejo y curioso, tanto más son las ausencias.

Existen alrededor de medio millar de lenguas “ab-órigenes” y tantos o más variaciones dialectales de ellos, no contemplados en el nombre oficial de la región. En un país como el Perú, por ejemplo, se estima que los indígenas de habla vernácula son alrededor del 25% de la población total. De éstos la mayoría habla quechua (en diferentes versiones) y aymara pero una minoría habla alguna de las 41 lenguas en la Amazonía peruana. Por caso, en Guatemala donde más de la mitad de la población es indígena se hablan 22 lenguas amerindias: 21 mayas y una náhuatl a lo que se suma el uso de dos lenguas criollas en su costa del Caribe: el garífuna o afrocaribeño y el inglés criollo. Pero aún en países donde la población indígena es muy minoritaria, el multilinguismo es un dato importante. En Colombia, por ejemplo, los indígenas representan menos del 2% de la población total, pero ese porcentaje habla entre 64 y 68 idiomas diferentes.

Esa polifonía lingüística lleva impresa múltiples saberes, sentires y miradas. Maneras y sentidos que en su origen (ya no, probablemente) no pertenecían a los cánones de occidente. Cánones que –como puede deducirse- son los que “nombran”. Esas dependencias y subalternidades muestran no sólo las dificultades que tuvo (y tiene) esta parte del mundo para entrar en el mapa, sino también (o quizás, por eso) de pensarse desde adentro del mapa. Esas subalternidades y dependencias comienzan, quizás, pero no acaban ni se completan con la exclusión de los pueblos originarios del nombre de la región. Hay muchas otras exclusiones, subalternidades y dependencias. El tema del nombre es casi una excusa para plantearlo.

Es América Latina “moderna” “premoderna” posmoderna? Es parte de Occidente, un extremo de Occidente u “otro Occidente”? ¿Es una región “en desarrollo?” ¿emergente? ¿periférica? No es el tema que desarrollamos aquí pero son preguntas que si no en estos términos, están por debajo de la trama de los discursos y proyectos que recorrimos a partir de la metáfora del nombre.

Cada nominación históricamente considerada lleva impresa una manera de definir y apropiar contenidos y proyectos, que en distintas épocas generaron respuestas y contrapropuestas.

Esta parte del mundo fue la última en entrar en el mapa, a fuerza de más de una paradoja y muchas más contradicciones.

Y, hablando de paradojas y mapas. Uno de los símbolos de la cultura azteca y de su ciudad Tenochtitlán, es el penacho de Moctezuma. En 1519 el rey Moctezuma mandó como regalo a Cortés como prueba de la estatura del "visitante" un conjunto de piezas, entre ellas el penacho. De estas piezas el objeto más valioso para los españoles no fue el penacho, sino tres discos metálicos, representando al Sol, la Luna y Venus, el primero de oro puro y de dos metros de diámetro que pesaba 17 kilos. En 1563 pasó a manos de un sobrino de Carlos V, Fernando, conde de Tirol, de la dinastía de los Habsburgo. Actualmente está en el el Museo de Viena, es y ha sido reclamado por varias organizaciones indigenistas de México.

Otra paradoja: durante siglos se pensó que todos los ejemplares de la primera impresión del mapa de Waldseemüller se habían perdido. Al parecer sólo uno llegó a la época moderna y se conservaba en la biblioteca del príncipe von Waldburg-Wolfegg-Waldsee en Württemberg al sur de Alemania. En 1901 se supo de su existencia en la biblioteca principesca, causando una gran sensación en el mundo científico y académico. Hace tres años la Biblioteca del Congreso de Washington compró por 10 millones de dólares este único ejemplar. Por el momento el mapa está en exhibición en el edificio Thomas Jefferson de la Biblioteca del Congreso en Washington.

Para pensar.

BIBLIOGRAFIA

Arturo Ardao, Nuestra América Latina, Banda Oriental, Montevideo, 1990.

Arguedas, Alcides, Pueblo enfermo, 3ª ed., Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1937. [Primera edición: 1909].

Carlos Antonio Bunge, Nuestra América: Ensayo de psicología social, Arnoldo Moen Editores, Buenos Aires, 1911.

Carlos Real de Azúa, "Los males latinoamericanos y su clave", en: Punto de Vista, Buenos Aires, Año VI, N° 18, agosto de 1983, pp. 15-21.

Víctor Raúl Haya de la Torre, "La cuestión del nombre. El significado político del nombre" [1930], en: A dónde va Indoamérica?, Editorial Indoamérica, Buenos Aires, 1952.

Víctor Raúl Haya de la Torre, "¿Hispanos, latinos, panamericanos, indoamericanos? Algo más sobre la cuestión del nombre." , en: Construyendo el aprismo, Claridad, Buenos Aires, 1931.

José Ingenieros, Los tiempos nuevos, Elmer, Buenos Aires, 1956. [Primera Edición: 1920].

Pedro Henríquez Ureña, La Utopía de América, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1978.

José Carlos Mariátegui, "La unidad de la América Indo-Española" [1924], en: Temas de Nuestra América, Amauta, Lima, 1980.

José Martí, Política de Nuestra América, Selección y Prólogo de Roberto Fernandez Retamar, siglo XXI, México, 1977.

Francisco de Miranda, "Proclama de Coro" [1806]; José Pablo Viscardo "Carta a los Españoles- Americanos" [1792] y Simón Bolívar "Carta de Jamaica" [1815] en: José Luis Romero y Luis Alberto Romero (compilación y prólogo) Pensamiento Político de la Emancipación, Biblioteca Ayacucho, Caracas.

Edmundo O´Gorman, La invención de América. El Universalismo en la Cultura de Occidente, Fondo de Cultura Económica, México, 1977.

Alfredo Palacios, Nuestra América y el Imperialismo Yanqui, s/ed., Madrid, 1930.

Miguel Rojas Mix, Los Cien nombres de América. Eso que descubrió Colón, Lumen, Barcelona, 1992.

Ricaurte Soler, Idea y cuestión nacional latinoamericanas. De la independencia a la emergencia del imperialismo, Siglo XXI, México, 1980.

José Vasconcelos, José, La Raza Cósmica. Misión de la Raza Iberoamericana. Notas de Viajes a la América del Sur, Agencia Mundial de Librerías, Barcelona, s/f. [Primera edición: 1925].